

El poder de *las teorías*.

El papel de los determinantes paradigmáticos en la comprensión psicoanalítica

***Ricardo Bernardi*¹**

NOTA PREVIA (1994)

Cuando la Revista Uruguay propuso el tema del fin de siglo, pensé que el artículo que sigue a continuación, aún no publicado en la Revista Uruguay², cumplía con el objetivo de revisar algunos de los problemas de nuestra disciplina en la proximidad de la próxima centuria y me permitía a la vez en este agregado continuar reflexionando sobre algunos de los nuevos temas de discusión con los que el psicoanálisis se encamina hacia el próximo siglo.

El trabajo referido fue escrito para un Coloquio desarrollado en París en 1985, y presentado luego en el Congreso Internacional de Psicoanálisis de Montreal (1987). En ese mismo Congreso, Robert Wallerstein en su discurso presidencial titulado “¿Un Psicoanálisis o Muchos?” llamó la atención sobre la multiplicidad de concepciones teóricas y de estilos clínicos en el psicoanálisis actual. La toma de conciencia de este problema llevó a que en el siguiente Congreso (Roma, 1989) la discusión se orientara hacia el tema Bases Comunes en Psicoanálisis”, y en la Conferencia Didáctica de Buenos Aires (1991) se discutieran los problemas de caos o fosilización en la enseñanza a los que llevan las dificultades de integración entre los diferentes modelos referenciales.

Esta discusión colectiva sin duda favoreció una mayor aceptación del pluralismo teórico en las sociedades psicoanalíticas. Permitió también valorar la importancia de la clínica como el campo compartido de problemas que da unidad a la disciplina. Pero puso también en evidencia dos problemas aún pendientes: el de la necesidad de un lenguaje teórico

¹ Santiago Vázquez 1144. 11300 Montevideo. Uruguay.

² Bernardi R. 1989. The role of paradigmatic determinants in psychoanalytic understanding. Int. J. Psychoanal. 70:341-347. (El poder de las teorías. El papel de los determinantes paradigmáticos en la comprensión psicoanalítica. Rev. de Psicoanálisis. XLVI, 6:904-902. 1989).

compartido y el de cómo fundamentar las hipótesis clínicas en una forma consensualmente válida y metodológicamente rigurosa.

La mayor cultura pluralista adquirida no significa, con todo, que hayan desaparecido muchos de los hábitos del periodo anterior. Es posible percibir aún las barreras de protección que distintos grupos erigen para que sus convicciones no sean perturbadas por ideas cuestionadoras: alcanza con revisar la bibliografía de distintas publicaciones psicoanalíticas para comprobar que es frecuente que las distintas escuelas se encierran en un círculo de referencias muy restringido que excluye las opiniones divergentes; el problema no es que éstas sean rechazadas, sino que tienden a ser sencillamente ignoradas, lo que hace que en la práctica cada autor considere psicoanálisis solamente aquello que coincide con sus propios parámetros. Pero, pese a esto, la apertura es en términos generales, mayor y la querrela entre escuelas ha perdido virulencia e incluso interés (a lo que colaboró el hecho de que estas discusiones rápidamente se vuelven reiterativas ante la falta de criterios compartidos para hacer valer unos argumentos frente a otros, lo que las convierte en diálogos de sordos).

Sin embargo, como decía más arriba, no sería del todo cierto afirmar que este debate entre escuelas haya terminado ni que hayamos comprendido bien dónde y cómo se origina. Tampoco podemos afirmar que esté clara la naturaleza de las diferencias entre los distintos paradigmas ni que sea fácil comprender qué es lo que hace tan difícil articularlos o incluso saber en qué *medida son* coincidentes, contradictorios, complementarios o si en realidad configuran lenguajes no siempre o en todo compatibles entre sí. Estos problemas continúan pendientes y en ese sentido el artículo que sigue a continuación mantiene su vigencia y su carácter abierto a la polémica.

Pero ahora quisiera referirme a los nuevos temas de debate que se han sumado al ya mencionado y marcan el perfil de esta década.

En el campo de la filosofía de la ciencia la forma en la que T. S. Kuhn ha utilizado el concepto de paradigma ha llevado a una polémica inusualmente fuerte. Mientras ciertos autores critican su uso por considerar que introduce ambigüedades e imprecisiones y porque podría conducir al relativismo o incluso al irracionalismo, otros consideran que su obra. “La estructura de las Revoluciones Científicas” constituye la publicación individual más

influyente en la filosofía de la ciencia de este siglo³ Este debate exige revisar la noción de paradigma. Si intentamos dar más precisión al concepto y por ejemplo, lo limitamos a los grandes sistemas que unifican a toda una comunidad disciplinar luego de una revolución científica apenas si podemos reconocer en el psicoanálisis un único paradigma, e incluso, si aumentamos el nivel de exigencia, deberíamos admitir que nuestra disciplina está en un estadio preparadigmático, puesto que los distintos modelos propuestos por Freud no dieron lugar, estrictamente hablando, a un período de ciencia normal. Pero haciendo esto corremos el riesgo de ganar precisión a costa de desconocer la historia real del proceso de conocimiento y de escolarizar excesivamente la propuesta Kuhn, haciéndole perder su significación heurística. Creo que el concepto de paradigma gana si lo utilizamos como un instrumento conceptual que permite comprender la forma en la que se da el avance del conocimiento en un campo dado. Esta noción pone de manifiesto la forma en la que la actividad científica se organiza en torno a realizaciones concretas, que se vuelven ejemplares en la medida en que contienen un modo o modelo de resolver problemas que puede generalizarse, constituyéndose en una matriz disciplinar.

En el psicoanálisis la unificación en torno a una matriz universalmente aceptada es menos clara, existiendo en cambio islotes de conocimiento acumulativo, cada uno de los cuales posee muchas de las características de la ciencia normal, pero sin que logren universalidad ni pueda asegurarse la compatibilidad entre ellos y ni siquiera su conmensurabilidad. Esta forma de ver las cosas es a mi entender, la que mejor permite comprender el crecimiento del psicoanálisis y la que lleva a considerarlo como una disciplina con múltiples paradigmas, como se intenta demostrar en el trabajo que presento más abajo.

El problema del relativismo es más complejo y toca cuestiones cruciales para el psicoanálisis. El pluralismo crea un espacio en el que pueden coexistir concepciones mutuamente excluyentes, pero también presenta un lado problemático porque no da lo mismo una idea que otra, sino que es necesario hacer opciones y fundamentar la posición asumida. Kuhn señaló que el problema de la verdad se plantea de manera muy distinta en el interior de

³ Véase por ejemplo la monografía de Veli Verronen: *The growth of Knowledge. An inquiry into the kuhnian theory.* Jyväskylä. Finlandia. 1986.

un paradigma, donde existen criterios compartidos de verdad o falsedad, que entre paradigmas distintos, donde la discusión se da precisamente acerca de cuáles criterios seguir para aceptar o rechazar una idea. Esto no implica irracionalidad, pero sí cambios más o menos globales de perspectiva. Por eso el cambio de una teoría a otra no se da en forma lineal, paso a paso, sino que implica rupturas epistemológicas y cambios gestálticos entre perspectivas distintas que se reflejan psicológicamente en procesos similares a los de una conversión, en los que se pone en juego la subjetividad del científico.

El pluralismo lleva a que el psicoanálisis deba pensar de qué manera la realidad psíquica de cada analista condiciona el vértice desde el que escucha e interpreta al paciente.⁴ Abre también el camino para un reexamen del problema de la contratransferencia a la luz de un concepto más general, el de los supuestos del analista, como un constituyente del campo analítico que debe estar abierto al autoanálisis.^{5, 6}

Las teorías aparecen así entrelazadas a las *formaciones* neotransferenciales que ligan al analista con sus maestros y colegas, y marcan su lugar en las instituciones y por lo tanto están fuertemente investidas tanto del punto de vista narcisista como objetal. Esto vale tanto para los fenómenos individuales como grupales. Desde esta perspectiva se comprende mejor la barrera de protección que las distintas escuelas tienden a crear en torno a sus verdades constitutivas y que impide la entrada a las ideas cuestionadoras. Se comprenden también los aislamientos regionales. Buena parte del público anglosajón desconoce completamente los desarrollos hechos en Francia sobre el concepto del inconsciente, a la vez que los lectores exclusivos de literatura francesa -entre los que se cuentan hoy día amplios sectores del Río de la Plata- pueden ignorarlo todo en relación a temas tales como el cuestionamiento radical de la metapsicología que hacen algunos autores anglosajones o también respecto a los desarrollos actuales de la investigación empírica en psicoanálisis.

⁴ Bernardi, R. (1992). On Pluralism in psychoanalysis. *Psychoanalytic Inquiry*, 12; 4:506-525. (In Press: Revista de Apdeba. Buenos Aires).

⁵ Bernardi, R. & de León, B. (1992). ¿Incluimos nuestros presupuestos en la actividad de autoanálisis? *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*. 76:243-260. (Does our Self-Analysis Take into Consideration our Assumptions? In: *Self-Analysis Critical Inquiries, Personal Visions*. 1993. Ed: J.W. Barron. New Jersey, The Analytic Press).

⁶ Bernardi, R. (1993). La ecuación personal del analista. *Zona Erógena*. 14:22-25.

La virtud del pluralismo, cuando es real y no de palabra, es la de hacer más permeables estas barreras protectoras entre las teorías y obligar a que puntos de vista disímiles entren en contacto entre sí.

Este mayor contacto entre teorías ha producido un cambio en el perfil de los debates. Quisiera referirme a esto a continuación y señalar los puntos centrales que me parece que comandan las discusiones con las que el psicoanálisis entrará en el siglo XXI.

A medida que la controversia entre paradigmas rivales se volvía repetitiva e inoperante, se fue haciendo evidente que el problema a discutir era no tanto el contenido de las teorías en causa, sino más bien los criterios de evidencia que las sostenían y los supuestos en los que se apoyaban. Importa entonces no sólo lo que dice un autor sino también y sobre todo de dónde lo saca, qué tipo de fundamentación ofrece y qué elementos personales están en juego. Eso dio impulso a un fuerte interés por el debate epistemológico en la década de los 80, que fue acompañado en la de los 90, por un interés creciente por las cuestiones metodológicas y por el estudio del modo en que procede la mente del analista.

Esta nueva temática, característica de este fin de siglo puede resumirse en dos grandes capítulos:

1. Teoría clínica versus teoría metapsicológica

La concepción tradicional, a la que me atengo en el trabajo que sigue a continuación, considera los grandes paradigmas tradicionales (freudiano, kleiniano, etc.) como una unidad de teoría y práctica. Esta unidad es la que se puede ver en las publicaciones habituales y la que se da por supuesto en las discusiones clínicas o supervisiones. Pero cabe preguntarse si esto es así en el trabajo real con el paciente. Hay buenas razones para dudar de esto. No siempre las grandes diferencias a nivel metapsicológico se ven reflejadas a nivel de la clínica, donde la labor práctica de distintos analistas puede ser similar aunque sus teorías difirieran grandemente y viceversa.

El punto de discusión es por tanto el de la relación de la clínica con la metapsicología, y como consecuencia el valor y la utilidad de esta última.

Algunos autores entre los que se cuentan G. Klein y R. Wallerstein creen que el futuro del psicoanálisis pasa por la construcción de una teoría clínica unitaria, que se apoye en aquellos conceptos suficientemente próximos a la experiencia práctica para que puedan lograr validez consensual. La metapsicología adquiere entonces un valor secundario en la medida en que es sólo expresión de las metáforas preferidas por cada autor. R. Schafer la considera como una de las formas en que es posible narrar la experiencia psicoanalítica, pero que conlleva la limitación de trasponer la experiencia vivencial a conceptos abstractos inspirados en otras disciplinas (energía, pulsión, etc.) lo que la vuelve inadecuada y poco útil. Frente a esto la posición opuesta –predominante en Francia– sostiene que sin la metapsicología el psicoanálisis se aleja inexorablemente del descubrimiento del inconsciente.⁷

Este debate aún no se ha desplegado en medios analíticos como el rioplatense, más inclinados a conservar las formas tradicionales de la metapsicología, acompañando en esto a los autores franceses, pero es evidente que la cuestión de si aceptamos una, muchas o ninguna metapsicología no podrá ser indefinidamente postergada.

El análisis de los paradigmas que expongo más adelante me llevó a sostener que no es posible separar demasiado radicalmente clínica y teoría en la medida en que la escucha misma ya está condicionada por los elementos teóricos. Pero es preciso tener en cuenta que en mi análisis me he basado en presentaciones escritas del material clínico que sólo nos ofrecen acceso a la representación del proceso en la mente del analista. Es lógico que en estos casos (que es precisamente la situación de los grandes maestros que relatan sus descubrimientos), se destaque la intrincación de los conceptos clínicos y teóricos. Lo mismo, aunque por razones opuestas ocurre en el caso de los discípulos que actúan al modo de los “analistas de *Imitación*”, en los que la fidelidad a una escuela se hace en detrimento de los elementos verdaderos y originales del self del analista.

Pero cuando la adhesión a una teoría, propia o ajena, es menos monolítica, caben dudas acerca de si la correspondencia entre clínica y teoría es tan estrecha y en todo caso es necesario preguntarse de cuál teoría se trata.

⁷ Esta es, por ejemplo, la posición que recientemente A. Green ha mantenido en una mesa redonda en Amsterdam, que está por ser publicada por la Revista Argentina de Psicoanálisis. Mi posición en dicha mesa redonda en discrepancia con la de Green, fue la de sostener la imposibilidad de reducir el psicoanálisis a un único lenguaje teórico y las consecuencias empobrecedoras de ese intento.

Cuando se hace un uso libre y creativo de las teorías puede observarse algo sobre lo que J. Sandler⁸ ha llamado la atención: pasan a primer plano las teorías implícitas con las que cada analista realmente opera a nivel preconscious en sus análisis y que ellas pueden no coincidir con sus teorías oficiales y conscientes. Esto lleva a que -en el límite- habría que sostener que los paradigmas *con* los que realmente trabaja cada analista serían instrumentos conceptuales altamente individuales e idiosincráticos (y a los cuales ya no correspondería llamar paradigmas en sentido kuhniano).

Carecemos de estudios específicos que nos permitan decir hasta dónde esto es así⁹, pero es indudable que existen variados estilos y modos de analizar que reflejan la realidad personal de cada analista.

Esta ecuación personal que forma parte del contexto con la que cada analista recibe a su paciente no corresponde, como dije más arriba, al campo de la contratransferencia aunque interactúe con ella.¹⁰ Constituye, eso sí, un terreno donde la disposición al autoanálisis es necesaria para una mejor comprensión de los procesos inconscientes y preconscious que ocurren en relación al trabajo analítico y que no se originan en el paciente sino en la relación inconsciente del analista con sus teorías y con las transferencias indirectas que se originan en la vida institucional.¹¹

Llegados a este punto es preciso señalar que, para parafrasear la metáfora de Freud, el analista no puede llegar al oro puro del material inconsciente del paciente sino a través de una aleación con los elementos de su propia subjetividad. Hemos visto que el autoanálisis de estos elementos constituía un campo imprescindible y propiamente psicoanalítico para la investigación de las teorías “in vivo”. Sin embargo no resulta suficiente a la hora de justificarlas. Una teoría puede ser coherente y plausible y sin embargo no corresponderse con los hechos clínicos. El problema metodológico en torno a los criterios de coherencia y de

⁸ Sandler, J. (1983). Reflexions on some relations between psychoanalytical concepts and psychoanalytical practice. *Int. J. Psychoan.* 64:35-45.

⁹ El tema de las variaciones interindividuales en la escucha y en la interpretación está siendo estudiado por un grupo de investigación empírica de la Asociación Uruguaya, del que formo parte.

¹⁰ Bernardi. R. (1993). Two dicussions of “Theory in vivo” by Dennis Duncan. *Int. J. Psycho-Anal.*, 74:1167-1173.

¹¹ Bernardi. R & Nieto, M. (1992). What makes training analysts good enough? *Int. Rev. Psychoan.*, 19:137-146.

correspondencia se prolonga en la segunda de las polémicas actuales, a la que me voy a referir a continuación.

2. Hermenéutica versus ciencia empírica.

Que cada análisis refleja la realidad única y peculiar de un proceso irrepetible es un lugar común. El problema que queda en pie es cómo pasar de la descripción de esta realidad clínica singular a las generalizaciones requeridas para constituimos como disciplina.

Una serie de filósofos (Habermas, Gadamer, Ricoeur, etc.) y analistas (Schafer, etc.) han optado decididamente por colocar al psicoanálisis dentro de las disciplinas hermenéuticas, señalando que Freud fue víctima de un malentendido científico que hizo que intentara dar a sus descubrimientos el carácter de leyes de la naturaleza, confundiendo de esa manera los motivos inconscientes con las causas naturales.

En el momento actual se da una polémica con enfrentamientos frontales en torno a estas proposiciones (véase al respecto la obra de C. Strenger)¹². No me es posible resumir aquí las distintas posiciones, pero quiero señalar que, a mi entender, la posición hermenéutica describe bien la situación del analista trabajando con *su paciente*, pero deja sin base suficiente a capítulos enteros de la fundamentación del psicoanálisis como disciplina. Grunbaum en su último libro¹³ en forma implacable señala que el psicoanálisis necesita de una teoría de la causalidad psíquica si quiere seguir postulándose como una terapia con base racional capaz de elaborar hipótesis etiológicas sobre conflictos psíquicos. Freud percibió con toda claridad esta exigencia al construir su teoría.

Una vez admitida la necesidad de hipótesis causales,¹⁴ se plantea un nuevo problema respecto a cómo se puede pasar legítimamente de las conexiones de significado, que son las que se descubren en la clínica, a las conexiones causales requeridas por las hipótesis etiológicas y terapéuticas. Un sueño o un síntoma pueden relacionarse con múltiples

¹² Strenger, C. (1991). *Between Hermeneutics and Science. An Essay on the Epistemology of Psychoanalysts*. Int. Univ. Press. Madison, Connecticut.

¹³ Grunbaum, A. (1993). *Validation in the Clinical Theory of Psychoanalysis*. Int. Univ. Press.

¹⁴ Nuevamente es aquí necesario tomar en cuenta la evolución de las ideas. Al hablar de causa es necesario abandonar las concepciones simplistas y tomar en cuenta el concepto con la complejidad con la que aparece en la física o en las ciencias de la salud actuales.

asociaciones que pueden dar origen a muy distintas explicaciones ¿Podemos invocar la sobredeterminación causal para decir que todas ellas son válidas? Sabemos por la clínica que esto no es así y que no da lo mismo una interpretación que otra. Pero cuando varias explicaciones parecen tener base clínica ¿cómo elegir entre ellas?

El punto álgido del debate es el de establecer el *alcance de* la certeza clínica como criterio de evidencia y el lugar que debe darse a otros métodos de investigación. ¿Puede la interpretación ser testeada en la sesión? Etchegoyen, en base a ejemplos clínicos, contesta que si, pero, aunque se acepte el valor del juicio clínico, existen razones para limitar el alcance de esta validación. Otros autores defienden también la evidencia clínica, pero insisten en la necesidad de utilizar, a condición que se utilice una metodología más sofisticada que la del historial clínico habitual. Ejemplos en este sentido pueden encontrarse en las investigaciones de H. Kächele, L. Luborski, etc. Si bien Grunbaum acepta a regañadientes esta posibilidad de validación en el plano hipotético, no cree que en realidad el psicoanálisis pueda demostrar que sus resultados van más allá del efecto placebo (es decir, que la mejoría se deba a los agentes invocados y no a factores inespecíficos) sin una investigación extraclínica rigurosa de tipo experimental o epidemiológica. Sólo ellas podrían confirmar en forma consensualmente válida los mecanismos propuestos por las diferentes teorías psicoanalíticas. A diferencia de lo sostenido por K. Popper, A. Grunbaum cree que es posible defender en principio el carácter científico del psicoanálisis, pero considera que la tarea de validarlo está aún pendiente. Y esto reabre la cuestión de los métodos. Ya Liberman había distinguido la investigación durante la sesión de la sesión como objeto de investigación. Este tema sigue aún pendiente en América Latina; recientemente L. Gomberoff defendió con vehemencia la necesidad de incentivar la apertura del psicoanálisis a múltiples abordajes metodológicos.¹⁵

Esta discusión, que conduce de lo epistemológico hacia lo metodológico, está curiosamente ausente en la literatura francesa. El título de un trabajo de J. Laplanche¹⁶ muestra la forma en la que se plantea el problema desde su perspectiva: buscar un tercer camino entre el determinismo y la hermenéutica. En representación de la hermenéutica

¹⁵ .Gomberof. L. (1994). El psicoanalista y la metodología psicoanalítica. Conferencias y Simposio Anglo latinoamericano de Psicoanálisis. Chile. Inédito.

¹⁶ Laplanche. J. (1991). L'interpretation entre détermination et herméutique: une nouvelle position de la question. Rev. Franc. Psychanal. 5. p. 1293-1317.

describe la posición de Viderman, quien subraya el lado de creación o invención que posee la interpretación psicoanalítica: más que reconstruir el pasado lo que hace es construirlo en el presente. Del lado del determinismo coloca la posición que, apoyada en una lectura parcial de Freud, buscaría desde un punto de vista realista recuperar la historia infantil. Pero en este punto el adversario de la hermenéutica construido por Laplanche tiene las características de un hombre de paja. En efecto, la discusión real no se da con el determinismo. Tal como Laplanche lo plantea la discusión se vuelve especulativa y en buena medida filosófica, y lleva, si se la toma en toda su generalidad, a confrontar los distintos modelos posibles: deterministas, mecanicistas (a los que creo que se los confunde con los deterministas), o no mecanicistas: probabilistas, indeterministas, basados en la teoría de las bifurcaciones, etc., pero moviéndonos siempre dentro de un círculo de ideas que no sale del terreno de la hermenéutica. O sea, que desaparece el adversario. Creo que en este punto la barrera que Laplanche señala que existe entre el pensamiento psicoanalítico francés y el anglosajón lo lleva a perder de vista las ideas de los adversarios reales limitando así el alcance de la controversia, intentaré ir al centro del debate. Es posible admitir determinaciones sin tener que ser por ello determinista, como recuerdan en un trabajo reciente F. Andacht y D. Gil¹⁷, en el cual proponen abordar estas determinaciones por un camino que aproxima a Freud y a Pierce, a través de la idea de una *semiosis* ilimitada en la que está presente el Otro de la incertidumbre (podemos también hacer referencia a este respecto al “significante enigmático” de Laplanche). Creo que es en el concepto de determinación donde radica lo esencial del problema. **Lo que está centralmente en discusión es la naturaleza de esto, determinantes y los métodos que permiten estudiarlos.** Dicho de otra manera, el problema son los requisitos de validez de nuestros conocimientos, y si ellos sólo deben preocuparse por constituir sistemas coherentes o si tienen además que dar cuenta de los criterios de correspondencia con la realidad¹⁸ (y de los supuestos sobre ésta). Esta discusión se da a dos niveles. Por un lado es de carácter ontológico cuando lo que se discute es la naturaleza de la realidad psíquica y su relación con el discurso. En contra de las tesis inspiradas en Lacan, o hermenéuticas en general, se sostiene que la realidad psíquica inconsciente no puede ser asimilada al lenguaje ni a los procesos de semiosis preconscientes (véase a este respecto la

¹⁷ .Andacht, F.; Gil, D. Un recuerdo florido sobre la determinación y el determinismo. Diálogo entre Freud y Pierce. Inédito.

¹⁸ Hanly, C. (1990). The concept of truth in psychoanalysis. *International Journal of Psycho-Analysis* 71:375-383.

posición de Ahumada¹⁹). El otro nivel de debate deja de lado los problemas ontológicos para centrarse en las cuestiones metodológicas, y en especial en la pregunta de si es posible complementar, para usar las palabras de Liberman, la investigación durante la sesión con la del estudio de la sesión como objeto de investigación, (a lo que se suma la posibilidad de otros estudios extraclínicos) recurriendo para esto a metodologías rigurosas. Planteando en términos metodológicos el debate pierde el carácter de confrontación frontal y es incluso posible plantear una “hermenéutica tecnológica”²⁰, abierta a múltiples vías de verificación de nuestras afirmaciones.

Estas cuestiones no tienen sólo una importancia epistemológica. Se trata también de saber si el psicoanálisis debe desinteresarse por el diálogo con las ciencias naturales y en especial con las ciencias de la salud, precisamente en momentos en que en medicina cobra auge el modelo bio-psico-social. El interés por las investigaciones sobre los resultados terapéuticos de las psicoterapias y sobre la relación proceso-resultados está también motivado por el hecho de que de ellas dependerá en buena medida el lugar que el psicoanálisis ocupe entre los variados tratamientos que en este momento multiplican su oferta y compiten por el apoyo de los sistemas de salud.

La necesidad de investigación empírica es también un camino de avance porque la diversidad de teorías ha llevado a las polémicas a un callejón sin salida. Es evidente que en su estado-actual nuestras teorías no disponen de procedimientos que permitan dirimir en forma rigurosa casi ninguno de los puntos controversiales esenciales. Es posible sostener que el niño nace en un estado de autismo o de simbiosis, con o sin relaciones objetales desde un inicio, con un desarrollo que importa reconstruir como realidad histórica o que sólo importa como construcción a posteriori, etc. y, cualquiera que sea la opción por la que abogemos, siempre vamos a encontrar argumentos para defender nuestra posición, aunque esos argumentos nunca serán concluyentes porque las preguntas no están formuladas de una manera que permita recurrir al tipo de procedimientos que hacen posible una respuesta consensual. Esto no se debe a la falta de refutabilidad radical que le atribuía Popper al psicoanálisis., sino a la desprolijidad de un razonamiento que oscila entre supuestos hermenéuticos y científicos sin dar su lugar a cada uno y distinguir los distintos niveles en juego.

¹⁹ Ahumada. J. (1992). *Determinismo psíquico y determinismo lingüístico*. Psicoanálisis. Apdeba, XIV, 451-470.

²⁰ Thoma. H.; Kachele. H. (1989). *Teoría y práctica del psicoanálisis*. Ed. Herder SA. Barcelona.

Es cierto que en nuestro campo la clínica aventaja aún en mucho a la investigación rigurosa y entre las necesidades e interrogantes de la clínica y los resultados de la investigación empírica existe aún una brecha. Pero también es cierto que su distancia se acorta. La reciente

Conferencia de la IPA sobre aplicaciones clínicas de la investigación empírica sobre trastornos fronterizos (Londres, marzo de 1994) mostró un creciente interés de los analistas dedicados a la clínica por los resultados de la investigación. Si el camino avanza en esta dirección es posible que en los años futuros nuestra forma de teorizar cambie sustancialmente, permitiendo que tanto las metáforas individuales como los procedimientos científicos rigurosos tengan ambos su lugar y se alimenten mutuamente.

Quisiera esbozar algunas reflexiones, a modo de resumen y comentario de todo lo expuesto.

El psicoanálisis actual, luego de un siglo de vida, dispone de un enorme capital de conocimientos clínicos. Continúa siendo el procedimiento terapéutico que busca acercarse con mayor decisión y recursos técnicos al corazón de la experiencia intrapsíquica e interpersonal. Por eso las exigencias de Grunbaum deben tomarse con la tolerancia que da una perspectiva a largo plazo. Más que normas epistemológicas resulta útil una aproximación al proceso real del conocimiento que ayude a encontrar nuevos desarrollos metodológicos. Esto no quita que sea cierto que llegó el momento de revisar nuestros conocimientos con mayor espíritu crítico, pero esto no puede hacerse a costa de echar por la borda la riqueza obtenida en el campo clínico.

La construcción de un cuerpo compartido de experiencia clínica es una tarea que está siendo encarada muy seriamente sobre todo por las sociedades componentes de la IPA, que en este punto han procurado conservar, acrecentar y transmitir el legado clínico freudiano por todos los medios disponibles (a través de los criterios de formación, de las publicaciones, de los congresos, etc.). Es menos cierto para otros grupos, como el lacaniano, en los que es menos visible la preocupación por hacer explícita la base clínica.

Pero tomado en su conjunto, pese a las discrepancias a nivel de la teoría y de la práctica, puede verse un proceso de convergencia en cuanto a que las aspiraciones de escuela de encontrar la piedra filosofal de las transformaciones psíquicas a través de posiciones

extremas, va cediendo el paso al buen sentido clínico.

Es posible que en los próximos años tomemos cada vez más conciencia de que nuestras teorías actuales amalgaman hallazgos clínicos con metáforas y supuestos fuertemente especulativos y personales y constatemos que si es tan difícil encontrar criterios compartidos que nos permitan dirimir nuestras controversias (que apelan comúnmente a los argumentos de autoridad o la persuasión) es porque de lo que estamos discutiendo, en definitiva, es acerca de nuestras preferencias personales en cuanto a los modelos y representaciones mentales con las que contribuimos al proceso intersubjetivo que se desarrolla en el análisis. En ese sentido son verdades míticas, fantasías-teorías o conjuntos de metáforas, pero eso no significa que sean arbitrarias porque poseen valor operativo como instrumentos clínicos y como representaciones de la realidad. La tarea que tenemos por delante es la de examinarlas, revisarlas y desarrollarlas desde diferentes *ángulos* y metodologías.

Por un lado podemos someter nuestras teorías al examen filosófico o a la reflexión hermenéutica poniendo a prueba su coherencia interna.

Necesitamos también como analistas abrirlas al análisis o al autoanálisis para conocer las raíces inconscientes y preconscious de nuestra relación con ellas.

Algunas de las afirmaciones contenidas en ellas pueden también ser objeto de investigación empírica, la que nos ofrece entonces procedimientos rigurosos y creadores de consenso en puntos específicos. De esa forma lograremos someter al tribunal de la experiencia (para usarlas palabras de Freud) cuestiones cuyo debate puramente teórico resultaría estéril. Esto está lejos de ser una panacea: es preciso encontrar diseños metodológicos que no vuelvan banal o irrelevante el tema de estudio y es preciso aprender a conformarse modestamente con el tipo de verdad parcial, indirecta y provisoria que es la única a la que tiene acceso la ciencia. La investigación empírica es un camino lento, aunque seguro, y no debe entorpecer el avance más rápido de la clínica sino realimentarlo y darle apoyo crítico.

Creo que el futuro dependerá mucho de la forma en que logremos aunar estas distintas vías de avance. Si logramos unir la teorización flotante durante la sesión con la verificación rigurosa de las hipótesis después de la sesión, sin duda nuestras teorías alcanzarán en los

próximos tiempos un nivel creciente de madurez científica.

INTRODUCCION

Cuando se reflexiona desde la perspectiva de un país del Tercer Mundo, periférico en relación a los grandes centros de producción teórica, como lo es el Uruguay, llama la atención no sólo la multiplicidad de orientaciones en las que se desarrolla el psicoanálisis actual y lo radical de sus diferencias, sino también el aislamiento que mantienen unas respecto a otras. ¿Qué ocurre cuando las distancias entre ellas se acortan? A este respecto la experiencia del grupo uruguayo, abierto a textos y visitantes de distinta procedencia, puede ser ilustrativa.

Luego de un período fundacional, marcado por la convicción de que el pensamiento de Melanie Klein prolongaba y desarrollaba el de Freud, se dio, junto con el interés por otros autores (como Lacan, Bion, Kohut, Winnicott, etc.) un momento de revisión y de cuestionamiento que desembocó en un pluralismo en cuanto a lo teórico y, menos visiblemente, en cuanto a la práctica.

Por tratarse de un grupo pequeño y con un fuerte sentimiento de unidad, estas diferentes posturas entraron inevitablemente en contacto entre sí. Este contacto fue a la vez conflicto: ¿rivalidad entre las teorías y sus defensores? ¿complementariedad? ¿aislamiento? ¿embanderamiento? ¿eclecticismo? ¿escepticismo?

Estas preguntas hicieron necesaria una reflexión acerca de qué representan las teorías para los psicoanalistas, para las instituciones psicoanalíticas, para el psicoanálisis como práctica y como **empresa de conocimiento y de investigación**. Este último punto, que interesa tanto al psicoanálisis como a la epistemología, será el abordado aquí. Partiré del cotejo entre las teorías, dejando de lado los juicios de valor, para atender a la **descripción comparativa** de sus diferencias. Estas diferencias serán utilizadas como una vía de acceso para comprender mejor la **naturaleza y función de las teorías**, o dicho de otro modo, su poder y sus límites.

Para este fin conviene considerar las teorías no sólo como formulaciones abstractas sino también y esencialmente como modos concretos de ver y de pensar lo que se ofrece en la

práctica analítica, aproximándonos de este modo a la noción de **paradigma** propuesto por T.S. Kuhn²¹. Existen al menos tres teorías que, en mi opinión, cumplen con esas características: son las que se inician con la obra de S. Freud, J. Lacan y M. Klein.

Si representamos la evolución de las teorías psicoanalíticas por una línea (que representaría la corriente freudiana) en la que a determinada altura nacen otras dos progresivamente divergentes (Lacan, Klein), podemos estudiar -diacrónicamente- como se va produciendo en estas dos últimas la derivación de muchos de sus conceptos a partir de los de Freud. Pero si estudiamos estas tres teorías sincrónicamente, en un corte en el momento actual, descubrimos que cada una de ellas pasó a constituir un sistema independiente de hipótesis interconectadas entre sí, con sus propias leyes de organización interna y de articulación con la práctica y que por lo tanto no necesita apoyar o derivar lógicamente sus conceptos a partir de otras de estas teorías, por más que Lacan o Klein hagan muchas veces decir a Freud lo que en realidad dicen Lacan o Klein. Podríamos agregar a este esquema una infinidad de líneas quebradas, representando otras tantas propuestas teóricas con mayor o menor grado de generalidad, pero que no llegan a reformular la totalidad del campo (por ejemplo: la obra de Winnicott, o de Kohut).

Esta situación puede compararse con lo que ocurre con las lenguas. Con Freud y con su relación con los freudianos actuales acontece como con el griego antiguo, que sigue vigente en el griego actual y por más que los eruditos inventen, como lo hizo Erasmo, nuevas formas de pronunciarlo, la misma escritura permanece reconocible. Pero con el lenguaje lacaniano y kleiniano la situación es diferente. Su relación con Freud se parece más bien a la que existe entre las lenguas romances y el latín: ha surgido una nueva manera de hablar que se puede estudiar a partir de sus determinaciones internas, con relativa prescindencia de su origen.

¿Cuáles son las relaciones de estas distintas lenguas entre sí? Me ha parecido que la noción de **incommensurabilidad** (en el sentido de carecer de medida común) propuesta por *Kuhn* y Feyerabend para caracterizar las relaciones entre teorías separadas entre sí por una

²¹ A. Bourguignon y J. Allouch también utiliza la noción de paradigma de Kuhn pero con un enfoque diferente. Bourguignon parece referirse exclusivamente a las diferencias a nivel metapsicológico, lo que restringe el sentido de paradigma. Allouch, por su parte, considera que existe un solo paradigma, el de Lacan, que ha desplazado al de Freud, pero no da ninguna explicación de por qué considera que no existen otros. Sin embargo, la noción de paradigma exige que se tome a las teorías tal como se dan como hecho histórico y social, y en este sentido la situación del psicoanálisis se aproxima a la de las disciplinas con múltiples paradigmas de acuerdo a la descripción de Masterman. (1970)

revolución científica, es la que más se aproxima a la situación que describo más arriba. Tanto uno como otro autor sostienen que en el paso de una teoría a otra las palabras cambian por vías sutiles su significado o sus condiciones de aplicabilidad. Se modifica el modo como las palabras se asocian entre si y con aquello a lo que se refieren.

El problema es filosóficamente complejo porque dos teorías pueden resultar inconmensurables desde cierta perspectiva o en relación a determinadas conclusiones y no en relación a otras. Estas ideas de Kuhn y Feyerabend no dejan de estar emparentadas con toda una tradición epistemológica que ha puesto el énfasis en las discontinuidades en el discurso científico: A. Koyré, G. Bachelard, M. Foucault. También se vincula con los problemas de la indeterminación de la traducción, que ha desarrollado W. Quine.

En un grupo de investigación junto con Marta Nieto y otros analistas uruguayos (Bernardi: 1982, 1983, 1984; Nieto y Bernardi: 1984), estudiamos la importancia de estos problemas para el futuro de la investigación en psicoanálisis, y en especial las dificultades semánticas y sintácticas que se crean cuando se quiere explorar un mismo fenómeno, por ejemplo: el de la angustia, desde las teorías de Freud, Klein o Lacan. Intercambiamos ideas con O. Mannoni, quien sostenía que las distintas teorías podían considerarse como otras tantas perspectivas sobre un mismo objeto abstracto (que podía ser visto como el geometral de esas perspectivas).²² Por nuestra parte nos pareció que no está demostrado que se trate de perspectivas acerca del **mismo objeto**. Existe un tipo de diferencia muy peculiar entre las teorías que hace que ellas no se puedan reducir unas a otras, que no sean acumulables, ni constituyan unas el desarrollo de otras, ni que excluyan por contradicción lógica.

Más bien, lo que ocurre es que **no existe entre ellas compatibilidad lógica ni congruencia semántica**.

Prosiguiendo el análisis, parece difícil poder encontrar un solo término que sea usado con el mismo sentido por las tres teorías, aunque sus autores utilicen la misma palabra. Por ejemplo: pulsión, inconsciente, represión, yo, ello, Edipo, etc. Al pasar de una teoría a la otra se produce una modificación de su sentido, el cual se vuelve no conmensurable con el que

²² Mannoni. O. Comunicación al grupo.

W. Baranger (1980), estudiando la noción de objeto, no cree que puedan unificarse el objeto del mundo interno kleiniano, viviente y concreto, con el objeto "a" de Lacan con el objeto transicional de Winnicott, etc. O. Maci (1983), en cambio cree posible una reformulación de las descripciones kleinianas a partir de las categorías lacanianas. Pero su trabajo muestra que por el momento, todo intento de reducción implica una pérdida de contenido en la teoría reducida.

tenía en el contexto anterior. Más claro aún son los casos de intraducibilidad. Por ejemplo: *significante*, *otro*, *nombre del Padre*, etc. en Lacan, o *posición*, *continente*, *contenido*, *elemento alfa*, *elemento beta*, etc. en Klein o en Bion. Pudimos también comprobar lo disonante que resultan los esfuerzos de un analista por expresarse en el lenguaje de otra teoría con la cual no está familiarizado. Como ocurre con las traducciones, se puede hablar en términos de Klein o Lacan en forma gramaticalmente correcta pero no como lo haría un kleiniano o un lacaniano.

Estas teorías - lenguajes, son, vistas desde otro ángulo, poderosos **instrumentos colonizadores**, no solamente de las voluntades, como bien lo sabemos en el Tercer Mundo, sino también de esa zona desde donde observamos y pensamos sobre lo que ocurre en nuestra práctica.

El núcleo del poder de los paradigmas radica en que son necesarios porque representan un modo de resolver los problemas de un campo que antes de su aparición permanecía opaco e inabordable. Ellos son -como dice Freud (1933, p. 81)- concepciones (*Auffassungen*) que hacen nacer orden y transparencia en la materia bruta de la observación. En el principio muchas veces son un modo feliz de solucionar un enigma, procedimiento que se vuelve ejemplar para una comunidad científica, la cual pasa a generalizarlo y a formular otros problemas en términos similares, para intentar aplicarles la solución encontrada o variantes de la misma. Así ocurrió con la forma en la que Freud relacionó cumplimiento de deseo y censura en la *Traumdeutung* y que se generalizó luego para el síntoma, lapsus, chiste, etc. Algo similar volvió a ocurrir con el modo kleiniano de ligar ansiedades y defensas en la fantasía inconsciente: y también, en el caso de Lacan, con el análisis de los hechos a partir de los tres órdenes: de lo imaginario (a partir de la experiencia especular), de lo simbólico (siguiendo el modelo del lenguaje) y de lo real (como lo imposible).

Sería mejor que si en vez de designar a estas teorías -paradigmas por el nombre de su autor, pudiéramos denominarlas por su contenido: por ejemplo: teoría del conflicto psíquico, teoría de las relaciones objetales y teoría del *significante* o de los tres registros. Pero esto exigiría una mayor sistematización de los enunciados teóricos.

Estos paradigmas tienden inevitablemente a convertirse **en dispositivos para resolver enigmas que ellos mismos permiten reconocer y formular**, o para producir interpretaciones en situaciones que ellos mismos hacen interpretables. Sin embargo, no son tautológicos, o al menos la circularidad no es total, **mientras puedan devolver en sus mallas algo más de lo que habla puesto en ellas, o sea, que sirvan para extraer algo de la experiencia aunque sea digerido y metabolizado, descompuesto y vuelto a componer.**

Mientras el término “teoría” hace referencia a aspectos esencialmente cognitivos, en el paradigma confluyen elementos nocionales, preceptaciones, actitudes, valores y fantasías. Este anudamiento explica su resistencia al cambio. J. Schallenger ha subrayado el carácter útil y fecundo de los momentos de **crisis**, en los que se hace sentir dramáticamente el agotamiento de un paradigma, impulsando la búsqueda de uno nuevo. Es posible que esta sucesión de paradigma-crisis-nuevo paradigma se de en forma más compleja en las disciplinas con múltiples paradigmas: pero además es casi seguro que en el caso del psicoanálisis, tanto el aislamiento como la mezcla de los distintos paradigmas, sumado a la común invocación nominal a Freud, tiende a actuar como una barrera de protección contra la posibilidad de crisis.²³ Y sin embargo, sería conveniente que las teorías psicoanalíticas pudieran periódicamente exponerse al menos a pequeñas crisis metodológicas que evitaran su estereotipia y pusieran a prueba su capacidad de respuesta ante lo nuevo. Pienso que dos situaciones -que por lo general nuestras costumbres evitan cuidadosamente- pueden ser útiles a este respecto:

a. Del mismo modo que en las experiencias de la Gestalt, **cotejar la forma en que un material es visto desde distintos paradigmas**, llevando entonces al analista ubicado en una teoría, a tener que dar cuenta de los aspectos del material que otra teoría saca a luz y que no eran visibles desde la perspectiva anterior.

b. Desarrollar un lenguaje descriptivo, en una franja un poco más acá de las teorías, que nos permita hablar de lo que no comprendemos en el material.

La primera de estas propuestas va en la misma dirección del camino que estamos siguiendo.

Para cotejar la forma en la que estos distintos paradigmas dan cuenta de una situación

²³ Podríamos en realidad preguntarnos si la multiplicación de teorías, al igual que la de símbolos fálicos en la cabeza de la Medusa, no equivale a la falta de teoría.

analítica me pareció útil comparar lo expuesto por Freud en el historial del **Hombre de los Lobos** (1918), con las relecturas del mismo realizadas por J. Lacan y por M. Klein. Podrían diseñarse otros modelos de investigación pero éste tiene la ventaja de ser sencillo a la vez que representativo de los autores.

A partir del estudio comparativo de ciertos fragmentos del historial y de sus reinterpretaciones, intentaré mostrar:

1. El modo como los paradigmas **condicionan la percepción del material**, atrayendo la atención sólo sobre ciertos aspectos del mismo, que son los que servirán de punto de apoyo para la interpretación. O sea, **los paradigmas como modos de ver (o de escuchar) y de seleccionar el material**.

2. El **tipo de preguntas y de respuestas** propio de cada paradigma y el **ideal** que anima estas distintas formas de plantear y de solucionar los problemas, o sea, **los paradigmas como modos de pensar psicoanalíticamente**.

3. Las diferentes formas de desarrollar el nivel de las **formulaciones metapsicológicas**.

I. LOS PARADIGMAS COMO MODOS DE VER EL MATERIAL

La situación en la que se encuentran Klein o Lacan frente al material del Hombre de los Lobos no es muy diferente de la que se presenta en cualquier discusión sobre un material clínico. Ciertamente siempre se puede discutir si el registro ha sido más o menos completo o más o menos fiel (de hecho, Rank y Ferenczi polemizaron acerca de la exactitud de la fecha del sueño y el Hombre de los Lobos debió dar nuevamente testimonio). Pero nada de esto es relevante en relación a la relectura de Lacan o de Klein. Ambos parten aparentemente del mismo material registrado ¿Pero es realmente el mismo material? Pues no exactamente, porque la interpretación no se apoya en el material registrado en su totalidad sino sólo en **ciertos aspectos de él** y estos aspectos no son los mismos para los tres. Esto es lo que intentaré mostrar a continuación.

Esta selección se realiza **a nivel de la percepción como un efecto de la formación**

previa y sin que el analista se lo proponga; por esta razón puede creer y asegurar que todo lo que él subraya está también destacado en el material.

Para detectar estos determinantes que provienen de la teoría, compararemos en cada autor, el material registrado con **aquello que ha sido retenido por la interpretación** y que llamaremos indistintamente aspectos destilados o filtrados.

1. Los lobos que ve Freud

Recordemos primeramente el sueño que Serguei, el Hombre de los Lobos, tuvo a los cuatro años: “Es de noche y estoy en mi cama (...). De repente la ventana se abre sola y veo con gran temor que sobre el nogal grande frente a la ventana están sentados unos cuantos lobos blancos. Eran seis o siete. Los lobos eran totalmente blancos y parecían más bien unos zorros o perros ovejeros, pues tenían grandes rabos como zorros y sus orejas tiesas como de penos al acecho. Presa de gran angustia, evidentemente de ser devorado por los lobos, rompí a gritar y despierto”. (1918, pág. 29). Junto a este sueño aparece la fobia a la imagen de un lobo, representado en un libro de cuentos.

Freud trabaja este sueño “en détail”, recogiendo aquellas asociaciones que tienen el carácter de ocurrencias casuales o inmotivadas: sobre esto se le ocurre (fällt) (1918, p. 30): “... una ocurrencia (Einfall) que afloró de repente...” (ibid, p. 35).

Surgen así recuerdos de cuentos infantiles: Caperucita Roja, los Siete Cabritos y el cuento del lobo al que el sastre le cortó la cola, y que quería que los demás se montaran sobre él para trepar al árbol donde el sastre se había refugiado. Aparecen también recuerdos de las majadas de ovejas, de cómo morían, y de los perros que las cuidaban. El árbol le recuerda el árbol de Navidad y la furia cuando quedaba insatisfecho por los regalos.

Todo esto, más las manifestaciones transferenciales (querer esconderse en la caja de un reloj, como los cabritos), más lo que Freud nos dice de si mismo (sus sorpresas, sus vacilaciones, su convicción) constituye el material registrado.

¿Cómo ve Freud este material, es decir, cuáles son los aspectos del mismo que atraen su

atención y que él retiene como significativos? Para responder a esta pregunta es preciso tomar en cuenta cuáles son los elementos efectivos tomados en cuenta en la interpretación (en el sentido amplio que le dan Laplanche y Pontalis).

Escuchamos a Freud:

- Los lobos: "... padre y madre -ambos- devinieron lobos. En efecto, la madre representaba el papel del lobo castrado que hacía que los otros se la montaran encima y el padre el del lobo que se montaba". (1918, p. 47)

- El ser devorado: es "la expresión, degradada en sentido regresivo, de una moción tierna pasiva". (1926, p. 105)

- La angustia: es angustia de castración, "renuncia por angustia de castración al deseo de ser amado por el padre como objeto sexual, pues ha comprendido que una relación así tendría como premisa que él sacrificara sus genitales". (1926, p. 108)

Lobos erguidos, lobos que son montados, lobos que pierden la cola, cabritos que son devorados... Estos son los aspectos entresacados del material que reencontramos en las conclusiones. En todos ellos la postura del lobo juega un papel especial: "...esa conexión entre la escena primordial y la historia del lobo es dada por la postura y sólo por ella...". (1918, p. 42) Si nos fijamos bien, Freud siempre destaca los verbos: la postura es sólo un indicador de la acción de montar.

Estos aspectos retenidos del material se articulan con la teoría. Lo primero y más fácilmente visible es que estos aspectos destilados son los que reaparecen, reformulados en forma abstracta como los términos elementales del sistema metapsicológico.

Veámoslo. La postura erguida o agachada es considerada como la "huella mnémica" de una escena a la que "la intensidad del deseo consiguió refrescar" (1918, p. 35-36) para mostrarle el aspecto que tenía la satisfacción sexual por el padre. Lo que esa noche se activó del caos de las huellas de impresiones inconscientes fue la imagen de un coito entre los padres...". (ibid. p. 36) La imagen de los lobos sustituye luego a la de los padres.

Comparemos ahora estas referencias con la definición que da Freud de la representación-

cosa en Lo inconsciente: ella"... consiste en la investidura, si no de la imagen mnémica directa de la cosa, al menos de huellas mnémicas más distanciadas, derivadas de ella". (1914, p. 201) La relación entre el modo de aprehender el material y las hipótesis metapsicológicas es evidente.

También en el historial encontramos la forma aproximada que podrían tomar en el preconscious las representaciones-palabra que se corresponden con estas representaciones-cosa. "Si quieres ser satisfecho por el padre tienes que consentir en la castración como la madre, pero yo no quiero". (1918, p. 47)

Podríamos encontrar el tema de la represión a partir de este "yo no quiero" lo mismo que el del cumplimiento alucinatorio del deseo a partir de la alucinación del dedo cortado, etc. Pero esta correspondencia entre los aspectos del material y los términos teóricos está determinada por una articulación previa, menos visible, sobre la que volveré más adelante, y que puede ser descrita como **un modo de solución** paradigmático que es el que en realidad establece la *forma* del recorte y ensamblado del material. **Los requerimientos de esta solución paradigmática son el filtro que determina a la selección del material percibido.** Intentaré mostrar dónde es posible detectar esta influencia.

Freud plantea dos etapas de reconstrucción. En la primera llega a ciertos "jirones de reconstrucción" y los resume así: "Un episodio real -de una época muy temprana-mirar-inmovilidad-problemas sexuales-castración-el padre-algo terrorífico". (1918, p. 34)

De estos "jirones de reconstrucción" sólo dos (la castración y los problemas sexuales) provienen realmente de las asociaciones al sueño. En efecto: al padre se lo da por dilucidado sin que se indique cómo (en realidad Freud lo introduce no a partir del sueño sino de la biografía) y los restantes elementos son tomados del sueño manifiesto e interpretados según las reglas de la **Traumdeutung**. Sobre los dos elementos centrales en los cuales se apoyará el avance de la interpretación (el mirar y la inmovilidad) no se nos ofrece ninguna asociación. Esto resulta sorprendente, tanto más cuanto que se trata del paciente que, hablando literalmente, ha pintado el sueño más mirado en la historia del psicoanálisis, y en el cual la inmovilidad de su posición junta a Freud no pudo ser modificada ni siquiera con las medidas más coercitivas. A primera vista no queda nada claro porqué en estos casos se acepta que la cadena asociativa se detenga en un determinado punto (en el cual se apoyará la interpretación), mientras que en otros casos (por ejemplo: en lo referente al número de lobos)

se juzga necesario proseguir la investigación.

Pero si observamos bien, esta primera selección está en realidad al servicio de **la construcción de la escena primaria** hacia la cual el paciente y el analista son llevados como por una fuerza irresistible. El análisis final del sueño, en el cual los elementos de la “Urszene” se entremezclan con recuerdos posteriores en una reestructuración de los tiempos vividos, deja una impresión particular.

Si la primera reconstrucción tenía cierto aire de arbitrario, esta impresión queda ahora suprimida (en el sentido dialéctico de negada y a la vez reinstalada en un nivel superior) frente a un producto que tiene todas las características de lo inédito y de lo original propias de todo momento de descubrimiento. Ciertamente podemos preguntarnos cuánto debe esta construcción a Serguei y cuánto a Freud.

Pero, para retomar una expresión de Freud (1919, p. 168) ¿es posible hallar el oro puro de lo que se subraya en el material con un trazo que proviene sólo del paciente, libre del cobre de lo que el analista introduce como un modo de ensamble que le otorga inteligibilidad? Esta es la pregunta a la que una vez y otra volveremos en este trabajo. Agregaremos aquí tan sólo que en esta amalgama han también extraído las propias fantasías del analista. Cuando se reflexiona sobre el efecto que este sueño tuvo en Freud ¿cómo dejar de relacionar, como se ha señalado, esta ventana abierta del sueño en cuyo fondo oscuro aparecen las imágenes blancas de los lobos, con aquella boca abierta de Irma en el interior de cuya garganta Freud descubre, él también, unas manchas blancas en el sueño inaugural del psicoanálisis?

Pasemos ahora a examinar lo que Melanie Klein percibe en los lobos.

2. Los lobos que ve M. Klein

Mientras que Freud, como dijimos, atendía al significado sexual de la postura del lobo, a M. Klein, en cambio, se le destaca fundamentalmente la angustia ante la devoración.

En una de sus primeras obras, comparando sus ideas con las de Freud, dice: “Nosotros consideramos al miedo del niño a ser devorado por el lobo no sólo como sustituto por desfiguración de la idea de ser castrado por su padre, sino, según yo sugeriría, como una ansiedad primaria que ha persistido en forma inalterable junto con sus versiones posteriores y

modificadas”. (1932, p. 172)

Prestemos atención a las modificaciones operadas. El aspecto que Klein retiene tiene que ver antes que nada con **la cualidad de la angustia**... “a nosotros nos interesa no sólo el contenido de una idea sino y sobre todo la ansiedad ligada a ella” (ibid) aclara en una nota al pie. Mientras Freud se dejaba conducir por las representaciones, Klein, en cambio, se guía por el hilo rojo de la angustia.

En segundo lugar, el miedo a la devoración constituye en si mismo el recuerdo a recuperar; “a la luz de nuestra discusión previa, la idea de ser devorado es vista.., como una reliquia de un estadio de desarrollo muy temprano”, (ibid). **En Envidia y Gratitud**, obra que culmina su pensamiento, dirá que se trata de capacitar al paciente para “revivir situaciones fundamentales”, revivencias que a menudo ha descrito como “memories in feeling” (1957, p. 124). Si trabajáramos sobre un historial de Klein veríamos que estas revivencias son buscadas no en una historia a reconstruir sino en la relación transferencial, cuyas modificaciones serian seguidas minuciosamente.

Por último señalemos que angustia y objeto, o mejor dicho, relación de objeto, forman una unidad y se desarrollan en un escenario corporal concreto. Distintos mecanismos, y en especial la identificación proyectiva, jugarían un papel preponderante. Klein habla del lobo como animal-ansiedad, y ve en él la proyección de un objeto parcial interno, el pene del padre, cargado de impulsos oral-sádicos. Si Klein continuara el análisis, veríamos seguramente que la escena primaria postulada por ella tendría que ver con la fantasía del pene del padre contenido en el cuerpo de la madre, con la envidia a esta situación gratificante y con el ataque a los contenidos (pene, bebés) de este interior materno.

Cabe agregar que el análisis habría seguido otro rumbo, dado que Klein hubiera dirigido su atención hacia esos otros lobos cuyo vientre es abierto para sacar a los objetos devorados y hacia el esconderse en la caja del reloj en la relación transferencial. La transferencia y la contra-transferencia, y no la historia, serían el campo privilegiado de la observación.

3. Los lobos que ven Lacan y Leclaire

Cuando Lacan se refiere al historial de Lobos en **Función y Campo de La Palabra** propone una anamnesis psicoanalítica que hable de “verdad” y no de “realidad”: lo que la

escena primaria muestra son las sucesivas resubjetivizaciones del acontecimiento en los distintos momentos que el sujeto se re-estructura. Esta es, pues, una de las perspectivas que guían su visualización del material.

Para estudiar con más detalles el modo de percepción, tomaremos dos trabajos de S. Leclaire (1958, 1966) al respecto, pasando por alto lo que podríamos llamar las variaciones intrateóricas entre ambos autores.

Del lobo erguido que amenazaba con devorar, Leclaire sólo retiene la boca abierta. Pero esta boca abierta, al ser ahora considerada no en su significado sino como elemento **significante**, puede articularse con el abrirse de los ojos, de los oídos, con el grafismo V que se repite en el material (V, W, M, etc.). “La atención flotante designa esta especie de escucha más aguda cuando se trata de captar los fenómenos marginales, los obstáculos imprevistos o las sombras”. (1966, p. 109)

Esto responde a una definición programática: “Escuchar psicoanalíticamente consiste en diferenciar los significantes y en privilegiar necesariamente algunos que poseen mayor significancia”. (Ibid. p. 106) “Psicoanalizar, es ante todo, dejar aparecer los significantes en su serie...”. (Ibid. p. 133)

Del mismo modo que si hubiéramos cambiado los efectos de iluminación o los filtros de un lente, los contenidos sexuales o agresivos que se destacaban a Freud o Klein ahora se desdibujan y cobran relieve otros elementos y otras articulaciones. ¿Qué es lo que determina este cambio en la Gestalt? Es interesante que Leclaire afirme que proviene del material: ‘Este camino (el que va del significante de apertura al de desgarramiento) nos lo indican también las asociaciones del sueño...’. (33)

Pero desde nuestra perspectiva es evidente que aquí también encontramos una amalgama entre lo que proviene del material y lo que proviene del paradigma, o sea, entre lo que está en los dichos del paciente en forma no perceptible y lo que adquiere visibilidad por medio de una reorganización gestáltica de la percepción. Esto mismo lo encontramos en el trabajo de Nicolás Abraham y María Torok (1976): por medio de un procedimiento metodológico específico sobre las palabras tomadas en distintas traducciones, los lobos blancos (white wolves), mostrarán su referencia a la bragueta abierta del padre (wide goulfik), en una escena de seducción a la hermana.

CONCLUSION: Los modos de ver son diferentes

Resumamos lo dicho:

1. El lobo que ve Freud es un lobo de postura erguida, pronto para realizar un acto sexual. Este lobo está frente a un adulto que recuerda o reconstruye su deseo infantil de ser penetrado por el lobo-padre, y el temor ante este deseo.

2. Para Klein se trata de un lobo que amenaza con devorar a un niño que, en medio de su temor actualizado en la transferencia, busca defenderse de sus propios impulsos destructivos.

136

3. Leclaire no ve del lobo sino el elemento significante capaz de determinar en su encadenamiento, la posición del sujeto y de su deseo.

Un gesto sexual, un gesto amenazador, un determinante formal (aun en su corporalidad): tales son los aspectos que cada autor percibe en el lobo. De este análisis surgen varias reflexiones:

a. Podemos confirmar que, en sentido estricto, no se trata de teorías acerca de lo mismo, dado que no manejan el material registrado como tal sino que se ocupan de un objeto formal más abstracto, constituido por ciertos aspectos de ese material. A este respecto cabe hablar de **“incommensurabilidad empírica”** como dice Stegmüller, noción “llena de escondrijos y de recovecos” (1979), pero que se ajusta a los problemas lógicos y semánticos hallados. La conclusión es que para poder seguir la recomendación de Freud de discutir las concepciones divergentes a partir de casos y problemas singulares, sería necesario que los psicoanalistas lográramos primero clarificar algo más nuestros diferentes modos de percibir el material.

b. Estos aspectos del material no están ahí visibles, sino que sólo pueden ser extraídos por medio del **dispositivo teórico que lo recorta y que les ofrece un engarce** (como modos de ver-pensar).

Queda por ver, y es un problema a Investigar empíricamente, hasta dónde podemos ajustar

nuestra escucha a elementos del material que surjan con fuerza propia sin que tengamos lista de la malla teórica en la cual atraparlos. Esto es, si podemos crear un instrumental teórico de investigación que nos permita trabajar con **esquirlas del material en estado preteórico**.²⁴ Es una investigación que sigue ideas propuestas por M. Nieto.

c. La formación analítica al igual que todo proceso de formación tiende a hacer que estas **formas de gestalización se vuelvan automáticas**, con lo cual, por un lado se agudiza y por otro se imita la atención flotante. Nuevamente como en el punto anterior, el *problema es cómo dejarla* atención flotante abierta a lo inesperado y a lo no comprensible del material.

II. LOS PARADIGMAS COMO MODOS DE PENSAR EL MATERIAL

Hemos señalado de qué manera los determinantes paradigmáticos realizaban una selección de los aspectos del material a ser interpretados. Examinaremos ahora el papel de estas determinantes en la producción de la interpretación.

Laplanche y Pontalis definen la interpretación, en sentido amplio, como el descubrimiento de un sentido en los dichos y las conductas de un paciente. Generalmente la interpretación parece estar sugerida en forma directa por el material: a tales dichos del paciente, tal interpretación. Pero cuando comparamos diferentes interpretaciones de un mismo material se pone de manifiesto que existe una estructura más compleja. Vemos así que la interpretación responde, en primer lugar, a un **tipo de interrogantes** sobre el material que es específico de cada paradigma. A su vez estas preguntas condicionan el tipo de respuestas que se busca.

Existe en tercer lugar otro elemento, más difícil de explicitar, que se puede describir como **la conjunción de ciertos requerimientos metodológicos con un ideal de comprensión**. Tal vez una forma de visualizar estos requerimientos sea a través de los “shibolet” que hacen que una interpretación sea aceptable para los analistas de un grupo determinado.

A continuación señalaré los interrogantes, las soluciones y los requisitos valorados por los tres autores que estamos considerando.

²⁴ Este es el objetivo actual del grupo de investigación que coordinamos junto con M. Nieto, siguiendo idea de esta última.

1. El modo de pensar freudiano

Volviendo al sueño de los lobos vemos que Freud reúne pacientemente todos los elementos del material hasta llegar a un punto en el que se propone dar sentido a todo lo reunido merced a la hipótesis de la escena primaria. Al llegar a este punto Freud da un salto: “me veo obligado” -dice- a dejar de apuntarme en la trayectoria del análisis”. *11918, p. 36*) Pero volvamos al párrafo anterior para ver cuáles son los interrogantes que Freud se formula antes de que la interpretación cobre vuelo: “Ahora bien ¿qué imagen pudo ser convocada por esa añoranza sexual durante la noche, que imagen capaz de provocar un terror tan intenso ante el cumplimiento deseado? (Ibid).

Esta pregunta tiene una estructura Compleja y encierra una triple condición para su contestación:

- a. Tiene que aportar la imagen -recuerdo o construcción- que constituya el **fragmento olvidado** de la historia, y sin el cual ésta se vuelve lacunar.
- b. Tiene que mostrar en ese fragmento cuál es el **deseo** que corresponde a ese estado de añoranza sexual y
- c. debe establecer porqué su cumplimiento resulta **displacentero** desde otro lugar psíquico.

La respuesta que se ajusta a la pregunta es bien conocida:

- a. El fragmento olvidado de la historia: la imagen real o fantaseada del coito de los padres.
- b. El deseo sexual: el deseo homosexual hacia el padre, y
- c. el conflicto: el yo rechaza ese yo deseo a causa de la angustia de castración.

La noción de **conflicto** (con sus aspectos tópicos, dinámicos y económicos) podría resumir lo esencial de este paradigma. Sin embargo, es necesario agregar algo que correspondería a esa exigencia metodológica a la vez que ideal de comprensión que en Freud corresponde al

completo ajuste entre los elementos encontrados, que hace inteligible la historia del sujeto.

Por eso Freud puede pedir una creencia provisional en la escena primaria hasta que pueda exponer sus vínculos con el sueño, con los síntomas y con la biografía del paciente (1918, p. 39), pues en este tipo de ensamble radica la fuerza probatoria de un análisis (ibid, p. 44, p. 51).

Cuando Freud está preocupado por el papel que puede jugar la sugestión en la producción de sueños confirmatorios, recurre a este criterio de ajuste para obtener la confirmación. “Lo que en definitiva le proporciona (al analista) certeza es justamente la complicación de la tarea que le presenta, comparable a la solución de uno de esos juegos infantiles llamados rompecabezas” (...). Si se consigue ordenarlo de tal modo que el dibujo adquiriera cierto sentido, que no quede laguna entre las junturas y que el todo llene el marco, si todas esas condiciones se cumplen, uno sabe que ha hallado la solución del rompecabezas y que no existe otra”. (19, p. 116)

Podemos resumir diciendo *que* esta meta consiste en poder volver congruente, comprensible y sin lagunas” (1905. p. 18) el historial intercalando aquellos elementos de la sexualidad infantil aportados por investigación del inconsciente.

2. El modo de pensar de M. Klein

La pregunta inicial de un analista kleiniano seguramente sería: ¿qué es lo que ha sido escindido y proyectado en el lobo? y a continuación: ¿cuáles son las **ansiedades primitivas** de las que defiende por medio de esa identificación proyectiva?

A nivel de la pregunta, el lugar central le corresponde a la identificación proyectiva. A partir de 1946 la historia del movimiento kleiniano es en buena medida la investigación de las posibilidades explicativas de los procesos de clivaje y de identificación proyectiva. (Meltzer, 1975)

La respuesta está en los impulsos destructivos *que* hacen necesarios a estos mecanismos. En este caso lo proyectado en el lobo sería el pene del padre cargado de impulsos oral-sádicos que lo vuelven hostil.

M. Klein relacionarla este pene peligroso con el sufrimiento abdominal de la madre (“así no se puede vivir”), a través de la fantasía de la **pareja combinada** (la madre conteniendo en su interior el pene del padre), fantasía que se vuelve terrorífica a consecuencia de los **ataques envidiosos** orales, anales y uretrales del niño a esa relación de la que se siente excluido.

Podemos ver que, a continuación, todo el esquema explicativo cambia: la homosexualidad de Serguei es consecuencia de su problemática paranoica y no a la inversa como en Freud. También la neurosis obsesiva es reformulada: es una tentativa de manejar las ansiedades psicóticas subyacentes. El conflicto, en definitiva no es más con la sexualidad sino con la pulsión de muerte entendida como destructividad (el sadismo en Klein no tiene carácter sexual), pero tampoco el término “conflicto” es el más adecuado, puesto que no se trata de una incompatibilidad entre instancias, sino una modificación envidiosa que dejan paso a impulsos libidinosos.

D. Meltzer (1978), al comentar el historial de lobos, nos permite comprender algo más del espíritu de la relectura kleiniana. Meltzer sostiene que Freud llegó muy cerca de la situación dramática básica: los padres teniendo un coito, el niño percibiéndolo, con emociones muy intensas o temibles en ambos lugares. Pero Freud tomó un camino reconstructivo y arqueológico que lo alejó de la inmediatez de la escena que estaba transcurriendo bajo sus ojos. Dice Meltzer:

“Me parece que como Freud no puede ubicar la escena primaria como una situación interna y admitir que el impacto sigue y sigue continuamente, y como no puede ver al sueño de los lobos (que ocurre a la edad de cuatro años) y al otro sueño (a los veintitrés, cuando él comenzó el análisis) como siendo la misma escena primaria que sigue y siguen en el interior, produciendo todavía el mismo impacto en el paciente, no logra desarrollar un sentido de la inmediatez de la vida infantil”. (ibid. p. 98)

Meltzer cree que si Freud no pudo descubrir el mundo interno como lugar concreto, actual y vivo fue porque le faltaba la evidencia que le aportaron a M. Klein los datos que obtuvo, a partir de 1920 del análisis del juego de los niños de dos y tres años de edad. Hubiera podido así descubrir en Schreber su mundo interno destruido o el significado de la cesta en la que Hans decía que había viajado con su hermana antes de nacer, etc.

Henos aquí con una sorpresiva ilustración de nuestra tesis: una solución a un campo nuevo de problemas (el considerar el juego de los niños como expresión de su mundo interno) es

juzgada exitosa por un grupo de investigadores que pasan a considerarla evidente y a generalizarla y a aplicarla. ¡Y bien, nos hallamos ante una nueva forma de ver y de pensar problemas!

Volviendo a lo que está en el corazón del paradigma kleiniano, creo que lo que allí encontramos es el intento de lograr la mayor proximidad posible con el **mundo interno** del paciente, especialmente en esa zona donde las fuentes mismas del amor y del conocimiento son atacadas.

Esta exigencia (requerimiento e ideal) se desarrolla en el pensamiento postkleiniano especialmente a través de las nociones del continente-contenido y de “réverie” en Bion y de “holding” en Winnicott.

3. El modo de pensar de Lacan

Subyacente a la interpretación de Lacan o de Leclaire encontramos una pregunta acerca de la relación del Hombre de los Lobos con la castración.

La respuesta que da Leclaire a esta pregunta es que Serguei, demasiado precozmente catectizado por la madre como falo separado y reinstalado en el santuario del goce materno, se encuentra inmóvil en un paraíso obsesivo del que debe ser expulsado. Para ello necesita encontrar un padre que lo marque con la castración, permitiéndole asegurarse un punto de amarre en el orden significante, es decir, en el orden de la identidad imposible y por lo tanto del deseo. Si esta referencia a la castración queda forcluida se abre la vía de la psicosis.

Toda esta explicación gira en torno a estos dos problemas: **¿qué es un padre? y ¿cuál es la relación entre el deseo y la castración?** Pero la respuesta sólo es posible a partir de la distinción entre los registros de lo imaginario, de lo simbólico y de lo real. Este parece ser el núcleo paradigmático desde el cual se organiza la comprensión del material.

Este paradigma permite, a la vez que exige, una perspectiva transindividual a la vez que abierta a una dimensión hasta entonces inédita de radical incompletud, de ausencia, de imposibilidad, *como* un fondo desde el cual se puede plantear la cuestión del sujeto (dividido), del objeto (imposible) y del deseo.

¿Cuál sería la proposición central del paradigma freudiano, kleiniano y lacaniano?

1. Reconstruir una historia tomando como hilo conductor los impasses de la sexualidad infantil fijados en la represión.
2. Aproximarse a las experiencias emocionales más básicas en las que la mente se encuentra enfrentada tanto a sus fuerzas destructivas como vitales.
3. Dejar sin llenar un lugar vacío para que pueda decirse una verdad.

Enseguida se ve que mientras que el primer paradigma pone el énfasis en la **sexualidad**, el segundo lo coloca en la **destruibilidad** y el tercero en el **narcisismo**, o mejor dicho, en su negativo, es decir, en lo que puede advenir en su lugar. A su vez, mientras en el primero se trata de reintegrar una historia y en el segundo una **experiencia emocional básica**, en el tercero, la cuestión es precisamente la de **lo no reintegrable**.

Sin duda, para los tres autores la relación con el padre es esencial, pero ¿puede describirse con otro término que no sea el de inconmensurabilidad la situación de proximidad a la vez que de distancia que relacionan al padre freudiano con el pene del padre que aparece en el interior de la madre y con el Nombre del Padre y la metáfora paterna? Se trata de la misma zona sin coincidencia posible que existe entre la preocupación kleiniana por lograr una modificación del mundo objetal del paciente y el replanteo lacaniano de la cuestión del sujeto.

Si pensamos en relación al trabajo clínico, no es para nada indiferente el hecho que el acento sea puesto en la angustia o en el deseo: que el origen de este último se remita a un límite con lo orgánico (la pulsión) o a un campo transindividual; que algo sea considerado como una fantasía arcaica con valor estructurante o que sea visto como una fantasía encubridora expresada en lenguaje regresivo; que el objeto sea pensado como representación reprimida, como alguien viviente en el mundo interno o como mítico e inalcanzable.

Todo esto replantea el problema de cómo puede nuestra práctica tener un verdadero carácter de investigación y no sólo de aplicación de teorías. Para ello parece necesario prestar atención no sólo a lo que los paradigmas aportan como potencialidad de comprensión sino también lo que implican de condicionamiento de nuestra capacidad de observar y pensar.

III. LAS VARIANTES PARADIGMATICAS

Si miramos juntos a distintos casos clínicos analizados a la luz de un mismo paradigma, impresiona la capacidad de estos últimos de mantenerse fieles a si mismos y de imprimir una fisonomía similar **a la** conflictiva y a los mecanismos en juego en las distintas situaciones clínicas.

Comparemos, por ejemplo los historiales de Lobos, Hans y Dora (Un análisis más detenido de un fragmento del caso de homosexualidad femenina, siguiendo estos mismos lineamientos, lleva a iguales resultados). (Bernardi, 1984)

En Hans o en Dora, al igual que en Lobos, **Freud** busca el fragmento de historia no disponible al inicio (por ej.: en Dora, el recuerdo de la institutriz en la escena del lago: en Hans, el episodio de la calda del caballo y del amigo) que le permita reconstruir el conflicto entre los deseos sexuales (la rivalidad edípica en Hans, los deseos hetero y homosexuales en Dora) y el yo amenazado por la angustia relacionada con la castración.

Resulta interesante observar las potencialidades de crecimiento colectivo del paradigma: mientras en Dora, Freud sólo habla de deseos de venganza, esto podrá ser ligado más tarde, como rasgo de carácter, con la envidia del pene (Abraham).

Desde una **perspectiva kleiniana** vemos en cambio cómo en los tres casos se reitera una concepción del mundo interno que es reflejo de las relaciones objetales en un espacio corporal concreto: cuerpo materno, cuyos contenidos son envidiados y atacados; cuerpo-mundo interno propio, cuya organización en una posición esquizoparanoide o depresiva dependerá del predominio de esos ataques o de los intentos de reparación. El primer sueño de Dora expresa, de acuerdo a Garbarino, sus ataques ala casa-cuerpo de su madre a la que quema con orina, a causa de la envidia que le despiertan los penes y bebés que ésta contiene en sus genitales-alhajero. La ansiedad y la culpa persecutoria que esto le provoca es lo que aparece proyectado en las acusaciones al padre. Para M. Klein (1932) Hans, al igual que Serguei, proyecta en el animal fobígeno el miedo a su propio instinto destructivo, (aunque habría logrado modificar mucho más sus ansiedades tempranas). En su relectura del caso D. Meltzer (1975, 1978) señala que la preocupación de Hans se dirigía hacia el interior del vientre materno y hacia los sucesos peligrosos y dolorosos que podrían ocurrir allí,

expresados en el juego de la muñeca, o en las reiteradas alusiones a la cesta en la cual Hanna y él habrían estado antes de nacer, y a las que Freud sistemáticamente no da valor.

Si pasamos por último a Lacan, vemos que en su perspectiva Hans, al igual que Serguei para Leclaire, está sujetado a su madre para la cual encarna el falo. Lo que sujeta a Hans a su madre es la falta de valor ante ella de la palabra de su padre. Hans necesita un padre que castre, es decir, que niegue momentáneamente su pene para que pueda simbolizarlo. A falta de un padre por el cual sentir miedo, llenará su ausencia con la fobia.

Toda la observación de Dora también está atravesada por una carencia fálica. No sólo el padre es incapaz de aportar el falo faltante, sino que Freud, demasiado poco libre en la contratransferencia, no logra penetrar en el secreto que une a Dora con el cuerpo fascinante de la Sra. K. Cerrado el acceso al reconocimiento del objeto viril, Dora no puede preguntarse de otra forma qué significa para ella ser objeto de deseo del hombre.

En todos los casos se trata de tomar en cuenta no sólo a la madre y el padre sino fundamentalmente a la distinción entre el padre real y el simbólico, y al lugar del otro, de la identificación imaginaria y del deseo.

Un estudio que tomara en cuenta otros materiales mostraría tal vez en forma menos simplificada el juego de variaciones y de modelos alternativos de los que dispone cada paradigma para hacer frente a las peculiaridades de cada caso. Mostraría también que los paradigmas, tal como los estamos considerando ahora, existen más bien en nuestros hábitos mentales que en la obra de autores que muchas veces van mucho más allá de sus propias sistematizaciones. Pero estas restricciones a lo que expusimos no vuelven inexistente el problema. ¿Hasta dónde llega el poder homogeneizador de los paradigmas?

La respuesta me parece que radica en el peso, no tanto de lo que cada paradigma puede aportar –porque se trata de ideas geniales que abren campos nuevos– sino en lo que pueden restringir.

La zona de mayor claridad de los paradigmas es también su punto ciego: lo que ayudan a pensar, es también lo que no pueden dejar de pensar:

- que las formaciones de transacción (no) permitan reconstruir los acontecimientos cruciales de la historia sexual infantil;
- que la fantasía inconsciente (no) tenga un papel estructurante, ni nos permita postular los estadios iniciales de la mente humana;
- que el inconsciente (no) esté estructurado como un lenguaje.

Este es el tipo de cuestiones que cada paradigma no puede entrar a discutir, porque es sólo a partir de su aceptación que adquiere capacidad de respuesta. El término “invariantes” busca reflejar ese carácter de límites dentro de los cuales el paradigma puede modificarse para hacer frente a problemas nuevos pero que no puede sobrepasar sin poner en juego su identidad. Podría decirse, con cierto humor, que son las categorías del pensamiento analítico y las formas de su sensibilidad y que, aunque histórica y culturalmente condicionadas, tienen un cierto carácter de “*a priori*” en cuanto a la experiencia individual.

No deja de ser llamativo que estas invariantes o determinantes paradigmáticos, pese a tener el carácter más marcadamente hipotético, son, sin embargo, las que despiertan mayor convicción y las que se defienden con mayor apasionamiento.

Lo expuesto aboga a favor de devolverles a estos supuestos su papel hipotético y heurístico: es algo muy diferente encontrarse en el curso de un análisis coincidiendo con lo que describe una teoría, que partir de ella para intentar encontrar desde allí al analizando.

IV. LAS DIFERENCIAS A NIVEL METAPSICOLOGICO

Resta por último considerar el nivel más general y abstracto: el de las concepciones acerca **del Edipo y del inconsciente**, el de **la metapsicología** y el del **estatuto del psicoanálisis** en relación al conocimiento científico.

Partiré pues del Hombre de los Lobos para mostrar cómo las diferencias que hemos encontrado se prolongan a nivel de la concepción de Edipo y de la metapsicología.²⁵ Por fuerza me he de limitar a unas breves indicaciones, como quien traza algunos caminos sobre un mapa para calibrar el ángulo en el que divergen, los cambios y los puntos a que conduce

²⁵ Podría intentarse una reconstrucción lógica de las teorías psico-analíticas, de modo que su comparación partiera de estos enunciados de nivel superior para pasar luego por vía deductiva a los niveles de menor generalidad. Pero ni las teorías analíticas permiten hacer tal sistematización ni obtendríamos de esa forma una aproximación al núcleo vivo de los paradigmas tal como se da en su funcionamiento real.

cada uno.

1. El nivel metapsicológico en Freud

En el capítulo IV de **Inhibición, Síntoma y Angustia**, Freud retoma la fobia del Hombre de los Lobos, comparándola con la de Hans. Para avanzar en la comprensión de ambas, dice, es necesario tomar en cuenta el complejo de Edipo. ¿Cómo procede a analizarlo? El examen del texto muestra que Freud va paso a paso considerando el destino de las mociones tiernas y hostiles hacia cada uno de los padres, las circunstancias que inciden sobre ellas, la modalidad según la cual son reprimidas, las causas de esta represión.

Analizar el complejo de Edipo consiste pues, para Freud, en analizar el destino de las mociones pulsionales que lo componen. Esta concepción del Edipo se sostiene en una serie de hipótesis presupuestas: acerca de las pulsiones, de la sexualidad infantil, de las fantasías originarias, de la represión, de la castración y de la identificación.

Estas hipótesis van a constituir el contenido teórico de la noción de inconsciente en la primera tópica, y del modelo estructural en la segunda.

Podemos ver que en ambos casos se trata de un conflicto de fuerzas que tienen distinta localización psíquica. Hace falta, pues, que esto se organice en un sistema de postulados generales que intenten definir de qué orden son los fenómenos de los que se ocupan las hipótesis psicoanalíticas. Tal es la tarea de los puntos de vista tópico, dinámico y económico.

2. El nivel metapsicológico en M. Klein

Pasemos ahora a Klein. Vimos que ella, como Freud, jerarquizaría el complejo de Edipo y la escena primaria. Pero aquí el coito de los padres es visto en relación a la fantasía terrorífica de la pareja combinada, que corresponde con los estadios tempranos del complejo de Edipo. Veamos a continuación como las mismas palabras (Edipo, escena primaria) nos conducen a concepciones claramente diferentes.

Para Klein la relación con el padre se inicia en el seno de la experiencia con la madre: el pene es postulado por el bebé a partir de la insuficiencia del pecho para brindarle la gratificación esperada.

Este pene del padre es, en realidad, un contenido del interior del cuerpo de la madre y la relación con él es moldeada a partir de la relación con el pecho (para Meltzer la relación triangular comenzaría incluso en la experiencia misma con el pecho como objeto combinado”, pecho-pezones, existiendo así una situación edípica previa al pasaje del pecho al pene). En la perspectiva kleiniana, el Edipo descrito por Freud, llamado ahora Edipo tardío, es secundario, tanto lógicamente como cronológicamente, a la relación con el pecho.

Esta concepción del Edipo es correlativa de una serie de hipótesis *fundamentales* propias del pensamiento kleiniano: la hipótesis del yo temprano y del funcionamiento mental primitivo, la del papel estructurante de las proyecciones e introyecciones la de las relaciones objetales, de la fantasía inconsciente y del mundo interno, la de los fenómenos esquizo-paranoicos y depresivos, y la de la envidia primaria y la del instinto de muerte.

Pero estas hipótesis no se corresponden más con los puntos de vista freudianos. Es necesario postular, como lo ha señalado Bianchedi (1983), una metapsicología con puntos de vista diferentes:

- a. un punto de vista **posicional**, referido a las posiciones esquizoparanoide, y depresiva;
- b. un punto de vista más bien de **“política económica”** que económica;
- c. un punto de vista **espacial**, relacionado con el mundo interno como espacio corporal;
- d. un punto de vista dramático, relativo al despliegue de las relaciones objetales de la fantasía.

3. El nivel metapsicológico en Lacan

Como hemos dicho, la posición de Lacan, reflejada en el texto de Leclaire, coincidiría *con la de Freud en jerarquizarla* relación *con* el padre y la castración. Pero el modo de análisis es totalmente distinto:

Serguei necesita una referencia al padre (al Nombre del padre) que lo arranque de la dominación materna para poder constituirse como sujeto de deseo.

La conocida exposición de los tres tiempos del Edipo se relaciona con una serie de afirmaciones más estrictas referentes al inconsciente estructurado como un lenguaje, a la relación con el deseo del Otro, a la relación entre el deseo y la ley, al sujeto, al objeto *a*, a los cuatro discursos, etc. Probablemente los desarrollos en torno a la relación entre el deseo y la cadena significante, la derivación de los tres órdenes (o “dit-mensions”) de lo imaginario, lo simbólico y lo real, y la concepción del nudo borromeo expresan el nivel más general y abstracto de este paradigma. Más que un punto de vista tópico, dinámico, o económico encontramos una perspectiva topológica, estructural y en cierto sentido existencial.

Ignoro si existen trabajos que comparen los puntos de vista metapsicológicos freudianos o kleinianos con el nivel equivalente a la teoría lacaniana. Es necesario también tener en cuenta que esta teoría, en forma coherente con sus propios postulados, más que la positividad de los enunciados procura efectos de metáfora, lo que hace muy difícil establecer puntos de comparación adecuados.

Todo lo expuesto sugiere que si bien para las tres teorías hay un inconsciente, si analizáramos las ontologías implicadas en cada una de ellas (en el sentido del “ontological commitment de Quine), encontraríamos que no son similares. Es probable que también halláramos que la diferencia entre Freud y Klein a este respecto se sitúa en un nivel diferente a la que existe entre Freud y Lacan.

Por último podemos ver que está en cuestión lo que se pretende del psicoanálisis como disciplina. ¿El psicoanálisis es una empresa científica? Para Freud era incuestionable que si y su ideal sería que sus descubrimientos pudieran expresarse en lenguaje fisicalista. Según

Meltzer, en la postura kleiniana se está más cerca de un nivel fenomenológico e idealista que de uno realista y explicativo, mientras que Bion no descarta la posibilidad de que el conocimiento analítico pueda expresarse en términos de un sistema deductivo científico o incluso algebraico. Lacan, por su parte, cree posible una formalización que no excluya al sujeto.

En una palabra, no hay acuerdo sobre cuál es el estatuto que el psicoanálisis pretende para sí.

V. ALGUNAS REFLEXIONES A MODO DE CONCLUSION

Resumamos. Entre la multiplicidad de desarrollos surgidos a partir de la obra de Freud, algunos de ellos se han constituido como sistemas teóricos alternativos.

Tanto la teoría freudiana como las otras tienen un carácter a la vez parcial y total: **parcial**, en tanto cada teoría parte de una perspectiva determinada; **total** porque cada una reformula el conjunto del campo psicoanalítico y tiene un poder creciente de expansión. Esta situación, que hemos analizado en torno a un material clínico, sugiere algunas reflexiones e interrogantes.

1. En relación a la **unidad** y a la **diversidad** de nuestro campo. Hemos intentado demostrar que estos distintos paradigmas permanecen irreductibles entre sí, dado que no es posible ponerlos de acuerdo ni a partir de sus premisas generales (que no son compartidas) ni a partir de la experiencia (que no es vista de igual manera). Tampoco es fácil decir si tienden en el tiempo a una mayor convergencia o a una diferenciación creciente entre ellos.

Esta situación de inconmensurabilidad plantea interesantes aunque inquietantes cuestiones. ¿Debemos considerar todo avance como un desarrollo de las ideas de Freud? ¿La profundización en la perspectiva freudiana ayuda realmente al analista kleiniano o lacaniano a desarrollar su propio punto de vista? ¿Cuál es el lugar de los orígenes? Estas y otras preguntas posibles concitan algo de lo unheimlich”, que no reside por cierto en el fantasma de la escena primaria sino en el del parricidio. La existencia de paradigmas diferentes implica reconocer diversas generaciones en el psicoanálisis y una filiación indirecta respecto a Freud. Tal vez el hecho de que formemos una horda a veces tan poco fraternal se debe a que queremos colocar un totem único allí donde hay que ir construyendo un panteón.

¿Significa esto dar por perdida la unidad del psicoanálisis? Me parece que no, porque la unidad reside más en el campo común de problemas que en las respuestas que les demos. Resta el problema de la verdad. Tal vez una manera feliz de plantearlo sea la de Kuhn, cuando dice que sólo cabe hablar de preferencias o criterios de mayor fecundidad, etc. I. Lakatos propone hablar del carácter progresivo o degenerativo de los programas de investigación.

2. Planteado así el problema, sólo es posible evaluar a los paradigmas como **maneras globales** de interpretar. La forma más útil es, como dijimos, imaginar de qué forma se escucharía y cómo se explicaría desde otra perspectiva teórica un material que estamos acostumbrados a escuchar y a pensar de una determinada manera. Esto es en realidad una tarea colectiva, puesto que no parece fácil pensar desde un paradigma distinto de aquél con el que estamos familiarizados.

¿Podemos decir que elegimos la teoría que preferimos? Parece más bien que adoptamos un modo de pensar sin que sepamos bien como, llevados tal vez por nuestras fantasías inconscientes amasadas en los análisis didácticos, en las supervisiones y en los seminarios con el saber analítico ya constituido.

Esta determinación oscura de la elección de teoría podría parecer fruto de nuestros tratos con Aqueronte; sin embargo, se ha señalado que también en las regiones de los dioses superiores -en realidad en todas las disciplinas- se darían procesos similares a una “conversión” cuando se trata de preferir un paradigma a otro.

Todo sugiere que no es fácil tomar frente a los paradigmas una distancia crítica adecuada. Los he descrito como formas de ver-pensar el material. Podría referirme a ellos como pequeños monstruos de la ciencia-ficción que anidan en la mente del analista y que pueden crecer ilimitadamente si encuentran las condiciones adecuadas. Poseen una cara ventral vuelta hacia la realidad, a la que desmenuzan y absorben, un interior donde se recombinan problemas y soluciones y un dorso reluciente en el que se inscriben las formulaciones más abstractas. Estos parásitos nos son indispensables para que podamos metabolizar lo dado en la experiencia, pero pueden también ocupar demasiado espacio en nuestra mente y pensar por nosotros, lo que nos lleva a que tomemos sus productos (significantes, representantes

pulsionales, relaciones de objeto) como si fueran la realidad última.

Más aún, estos pequeños monstruos pueden ocupar no sólo nuestro aparato de pensar sino también entrar en una combinación estable con nuestra fantasía, colonizando la zona de contacto con nuestro inconsciente, pudiendo entonces hacerse pasar por nosotros mismos, tanto en los análisis que hacemos como analistas, como en los que nos hacemos como pacientes.

Pueden por último, mezclarse en las luchas de poder y de prestigio de las instituciones, aparecer en sus banderas y ocupar un lugar en el trono y en el altar que toda institución cobija en su interior, reclamando desde allí obediencia y veneración.

¿Cómo lograr que crezcan como **instrumento de conocimiento** en vez de como medio de identificación y de poder? Podemos intentarlo en nuestro análisis, y en especial en el análisis de por qué detestamos a ciertas teorías. Pero esto no alcanza. Es necesario, antes que nada, **evitar que suplanten a la experiencia** (por experiencia me refiero simplemente a esa falta de docilidad de los hechos para acomodarse a nuestras convicciones). Esta es la primera restricción al poder de las teorías y de la que dependen las demás.

3. Esto nos conduce al último punto. Hemos dicho que los paradigmas ejercían un efecto determinante sobre los aspectos que iban a ser tomados en cuenta del material. Pues bien, para que sean útiles como instrumento de conocimiento es preciso que **algo que provenga del material** pueda a su vez tener efecto sobre ellos.

El fracaso de la pretensión empirista de un conocimiento sin presupuestos llevó a muchos a no reconocer un lugar para la experiencia. Y sin embargo, entre un en sí o un real demasiado inaccesible y una realidad demasiado conocida existe una franja ambigua, oscura, apenas vislumbrable, pero que forcejea con nuestras creencias y puede rechazar el engarce que le ofrecen nuestras teorías, o reclamar otras nuevas formas de aprehensión. ¿Debemos, podemos, queremos trabajar en esa zona siempre difícil de constituir y de mantener, frente a la solidez avasallante de las teorías? ¿Tenemos un lenguaje para referirnos a ella? ¿Qué andamios metodológicos necesitamos para recoger eso que reconocemos como de buena clínica”, aunque no tenga traducción teórica?

Lo expuesto en este trabajo permite abordar estos problemas desde otro ángulo. En la

búsqueda, difícil y problemática de lo que proviene de la experiencia, podemos al menos avanzar en el conocimiento de las condicionantes que provienen de nuestras teorías, del mismo modo como buscamos como analistas hacer explícitas nuestras propias fantasías para poder aproximarnos mejor a las del paciente. Pero este conocimiento de nuestros conocimientos no resulta tranquilizador. En cierto modo acrecienta el carácter de “unheimlich” de nuestra tarea: intentando escalar el monte desde el cual queremos alcanzar la tierra prometida del conocimiento, no sólo no encontramos allí la tumba de Moisés, porque hace tiempo que le hemos dado muerte en el camino, sino que, para habitar, sólo disponemos, en definitiva, de los andamios que hemos construido.

**Descriptores: CIENCIA / EPISTEMOLOGIA /
INVESTIGACIONCIENTIFICA / PARADIGMA / SESION
PSICOANALITICA / METAPSICOLOGIA**

Bibliografía

- ABRAHAM, K. (1920): *Manifestaciones de complexe de castration chez la femme*. En: Oeuvres Complètes, II, pp. 101-126. París; Payot, 1966.
- ABRAHAM, N.; TOROK, M. (1976): *La Verbier de L'Homme aux Loups*. Paris: Aubier.
- ALLOUCH, J. (1984): *Freud déplacé*. Littoral, 14: pp.5-15.
- BARANGER, W. (1980): *Aportaciones al concepto de objeto en psicoanálisis*. En: El Concepto de Objeto en Psicoanálisis. W. Baranger et al. Buenos Aires. Amorrortu.
- BERNARDI, R. (1978): *Representación de palabra y representación de cosa en la concepción freudiana del inconsciente*. Rev. Urug. de Psicoan., 57: pp. 111-124.
- BERNARDI, R. (1983): *Diferentes teorías: ¿acerca de los mismos hechos?* Segundas Jornadas Argentinas de Epistemología del Psicoanálisis. Buenos Aires. ADEP.
- BERNARDI, R. (1984): *Sobre los "sueños hipócritas" en el caso de homosexualidad femenina de S. Freud*. Cuadernos Clínicos N° 2. Buenos Aires. Actualidad Psicológica, pp. 74-80.
- BERNARDI, R.; BRUM, J. L.; FERNANDEZ, A.; GINES, A.; MULLER, L.; NIETO, M. (Coord.) (1982): *Problemas con la diversidad de teorías y la articulación con la experiencia*. (Futuro del Psicoanálisis en América Latina). XIV Congreso Psicoanalítico de América Latina. Buenos Aires. FEPAL.
- BIANCHEDI, E.T. de; ANTUR R.; FERNANDEZ, M.; GRASSANO. E.; MIRARENT, I.; PISTINER. L.; SCALAZUB, L.; WASSERMAN, H. (1983): *Más allá de la metapsicología freudiana*. Rev. de Psicoanálisis, 40: pp. 353-367.
- BOURGUIGNON, A. (1981): *Quelques problèmes épistémologiques posés dans le champ de la psychanalyse freudienne*. Psychanalyse a l'Université. 6: pp. 381-414.

- FEYERABEND, P.K. (1970): *Contra el Método*. Barcelona: Ariel. 1974.
- FEYERABEND, P.K. (1970): *Consuelos para el especialista*. En: I. Lakatos y A. Musgrave: *La Crítica y el Desarrollo del Conocimiento*. Barcelona: Grijalbo. pp. 345-389.
- FREUD, S. (1900): *The interpretation of dreams*. S.E. 4,5.
- FREUD, S. (1905): *Fragment of an analysis fl a case of hysteria*. S.E. 7.
- FREUD, S. (1915): *The Unconscious*. S.E. 14.
- FREUD, S. (1918): *From the history of an infantile neurosis*. S.E. 17.
- FREUD, S. (1919): *Lines of advance in psychoanalytical therapy*. S.E. 17.
- FREUD, S. (1923): *Remarks on the theory and practice of dream interpretation*. S.E. 19.
- FREUD, S. (1926): *Inhibitions, symptoms and anxiety*. S.E. 20.
- GARBARINO, H. (1983): *Los sueños de Dora desde la teoría kleiniana*. Rev. Urug. de Psicoan. 62, pp. 65-73.
- KLEIN, M. (1932): *El Psicoanálisis de Niños*. Buenos Aires, Hormé, 1964.
- KLEIN, M. (1957): *Envidia y Gratiitud*. Buenos Aires. Hormé, 1961.
- KUHN, T.S. (1962): *The Structure of Scientific Revolutions*. Univ. of Chicago Press.
- KUHN, T.S. (1977): *Segundos Pensamientos sobre Paradigmas*. Madrid. Tecnos 1978.
- LACAN, J. (1966): *Ecrits*. Paris: du Seuil.
- LAPLANCHE, J.; PONTALIS, J.B. (1967): *Vocabulaire de la Psychanalyse*. Paris: P.U.F.

LECLAIRE, S. (1958): *Apropósito del episodio psicótico de “El Hombre de los Lobos”*. La Psychanalyse. T.4 (Imago, 10: pp. 108-135).

LECLAIRE, S. (1966): *Los elementos en juego en un psicoanálisis*. En: El Objeto del Psicoanálisis. Siglo XXI. pp. 97-141, 1972.

MACI, F. (1983): *Repetición de fundamento de la problemática kleiniana a partir de Lacan*. Rev. de Psicoanálisis. 40; 56 pp. 1183-1197.

MASTERMAN, M. (1970): *La naturaleza de los paradigmas*. En: I. Lakatos y A. Musgrave: La Crítica y el Desarrollo del Conocimiento. Barcelona: Grijalbo.

MELTZER, D. (1975): *Adhesive Identification*. Contemporary Psychoanalysis. 11, 3, pp. 289-310.

MELTZER, D. (1978): *The Kleinian Development Part I: Freud's Clínica. I Development*. Scotland. Clunie Press.

NIETO, M.; BERNARDI, R. (1984): *La Investigación en psicoanálisis*. Rev. de Psicoanálisis, 41, pp.

SCHLANGER, J. (1976): *Mutations ou révolutions?* Communications. Paris: du Seuil, pp. 138-148.

STEGMÜLLER, W. (1979): *La Concepción Estructuralista de las Teorías. Un Posible Análogo para las Ciencias Físicas del Programa de Bourbaki*. Madrid: Alianza Ed. 1981

